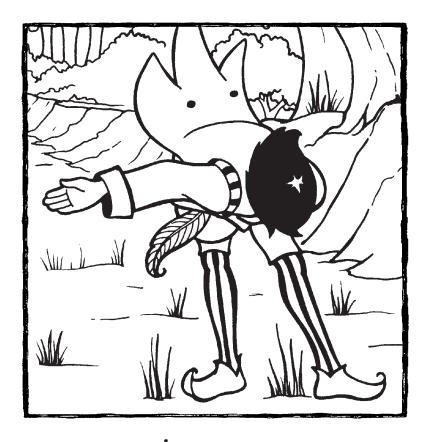
El camino de Murdoch

Un libro de lectura de Reading A-Z • Nivel R Número de palabras: 1,578





Visite www.readinga-z.com para obtener miles de libros y materiales.



www.readinga-z.com

El camino de Murdoch



Una historia de Irlanda de Juliana Horatia Ewing Ilustrado por Maria Voris

www.readinga-z.com

El camino de Murdoch (Murdoch's Path) Libro de lectura Nivel R Una historia de Irlanda de Juliana Horatia Ewing Ilustrado por Maria Voris Traducido por Lorena F. Di Bello

ReadingA–Z™ © Learning Page, Inc.

Todos los derechos reservados.

Learning Page 1630 E. River Road #121 Tucson, AZ 85718

www.readinga-z.com

Contenidos

Capítulo 1
Capítulo 27
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Glosario



Capítulo 1

Pat era un niño repartidor pobre, y toda la gente del pueblo lo quería. Era tan **confiable** como un reloj y siempre entregaba la mercadería y los pagos a tiempo. Y siempre devolvía el cambio. Tenía tanto trabajo como podía manejar. Si sólo le pagara bien, hubiese sido un hombre rico. Pero Pat era tan pobre que cuando caminaba por la carretera, llevaba los zapatos en los bolsillos hasta que llegaba al pueblo. De esa manera, los zapatos no se gastarían.

Una noche, las entregas habían sido hasta tan tarde, que se volvió por el camino oscuro, sin sacarse los zapatos. Esto es lo que él se decía a sí mismo:

—Una docena de ovillos de hilo gris para la señora Murphy. Tres docenas de botones brillantes para el sastre. Media onza de gotas para la garganta para el Padre Andrew. —Estas eran las cosas que le habían mandado **traer**. Las repetía para asegurarse que las recordaría.



Ahora bien, todos sabían que había dos caminos desde su casa al pueblo. Uno era la carretera correcta, y el otro era el camino de Murdoch. El camino no era otra cosa que una húmeda, pantanosa, espinosa y crecida acequia. Nadie se atrevía a ir por allí porque estaba infestada de seres encantados. En todos los años que Pat había ido desde y hacia el pueblo, siempre había tomado la carretera. Pero pobre Pat, estaba tan retrasado y tan metido en sus pensamientos que cuando llegó a la bifurcación donde el camino se divide, ni siquiera miró para arriba. Enfiló directo al camino de Murdoch sin siquiera darse cuenta.

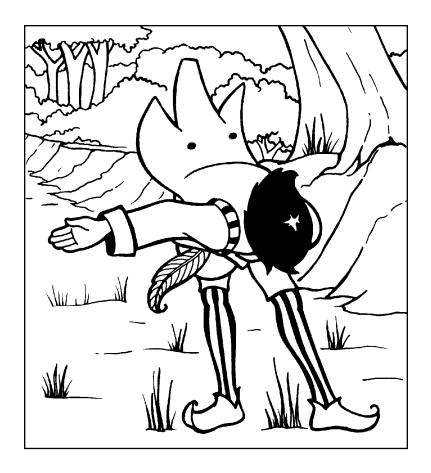


5



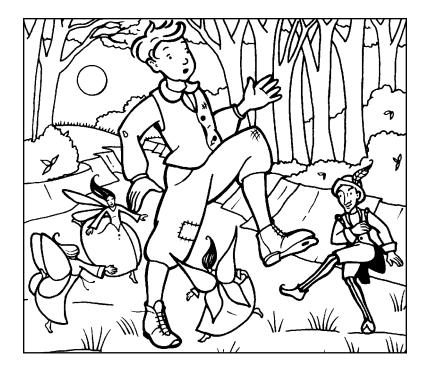
Capítulo 2

No estaba seguro de cuán lejos había ido cuando de repente una luna llena se asomó detrás de las nubes. Hacía que el lugar estuviera tan brillante como si fuese de día. Pat miró para arriba y se dio cuenta de que había tomado el camino equivocado, dado que justo frente a él había un círculo de hadas bailando. Bailaron y bailaron a su alrededor hasta que Pat sintió un cosquilleo en los pies. La música de hadas hace que cualquiera quiera bailar, no importa que tarde sea o cuán cansado esté. Pat simplemente esperó y observó. Luego de un largo rato, un hombrecito con un sombrero negro, un saco verde y zapatos rojos lo llamó con una seña, invitándolo a entrar al círculo.



—¿Te gustaría bailar una canción con nosotros Pat? —preguntó el hombrecito, haciendo una reverencia hasta que casi toca el suelo. No tenía que ir muy lejos, ya que medía apenas dos pies.

—Sería un honor bailar con ustedes —contestó Pat. Antes de que pudiera mirar alrededor, Pat se unió al círculo con un salto y comenzó a bailar como si su vida dependiera de eso.



Al comienzo sentía sus pies más livianos que una pluma. Parecía como si hubiera podido bailar para siempre. Pero enseguida se comenzó a cansar y le hubiera gustado parar, sin embargo las hadas no lo dejaban. Así que bailó y bailó. Pat se dio cuenta de que estaba bajo un hechizo y trató de pensar en algunas palabras mágicas para romperlo. Pero todo lo que podía pensar era:

—Una docena de ovillos de hilo gris para la señora Murphy. Tres docenas de botones brillantes para el sastre. Media onza de gotas para la garganta para el Padre Andrew —una y otra vez. Le pareció a Pat que la luna ya casi se había puesto bajo el pasto para cuando las hadas terminaron de bailar. Pero no podía asegurarlo con tantos giros y bailes en círculo. Sin embargo, de una cosa estaba seguro. De tanto bailar había gastado todo el cuero de las suelas de sus zapatos. Sus pies estaban ampollados de tal forma que apenas podía mantenerse en pie. Todas las hadas se pararon y se sostenían de sus costados mientras se reían de él.





Capítulo 3

Al final, el duende del saco verde y los zapatos rojos se paró frente a él. —No te preocupes por eso, Pat —dijo—. Te prestaré mis zapatos rojos hasta la mañana, ya que pareces ser un muchacho simpático.

Bien, Pat miró los zapatos del duende. Eran del tamaño de un bebé. No quiso ser grosero, así que dijo, —Gracias, señor. ¿Sería tan amable de ponérmelos?, probablemente usted no arruinará su fina forma.



Pat pensó que si el duende se los ponía en sus grandes pies, no sería culpa de Pat si los diminutos zapatos se rompían. Así que se sentó al costado del camino, y el duende le puso los zapatos en los pies a Pat. Apenas tocaron los pies de Pat, los zapatos crecieron hasta la medida perfecta y le calzaban mejor que sus medias. Además, cuando se paró, no sintió las ampollas para nada.

—Asegúrate de traerlos de vuelta al camino para el amanecer —dijo el hombrecito. Luego Pat trepó la acequia y miró a su alrededor.
Todo alrededor de las raíces de los arbustos y sobre el pasto había joyas y perlas.

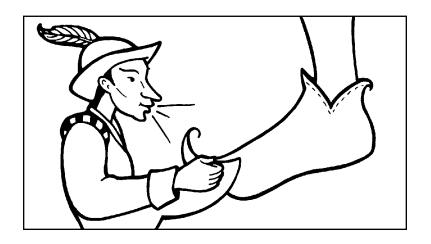
—¿Quieres servirte tu mismo, Pat, o te llevas lo que yo te doy? —preguntó el hombrecito.

12

—Tomaré lo que usted me dé y estaré agradecido —dijo Pat, recordando sus buenos modales. El duende recogió un puñado de flores amarillas de los arbustos y llenó los bolsillos de Pat.

—Asegúrate de conservarlas, Pat —dijo él. Pat hubiera querido algunas de las joyas, pero no dijo nada. —¡Ah, y antes de irte, permíteme que te lustre esos zapatos.

Entonces Pat levantó cada pie. El hombrecito desempolvó los zapatos, respirando sobre ellos y frotándolos con la cola de su pequeño saco verde. —¡A casa! —dijo el hombrecito con un mágico chasquido de dedos. En un instante, Pat se encontró parado en su propia puerta con todos sus envíos alrededor de él a salvo.





Capítulo 4

A la mañana siguiente, Pat se levantó antes del amanecer y llevó los zapatos de vuelta al camino. Cuando Pat llegó, el hombrecito estaba mirando por sobre el borde de la acequia.

- —Muy buenos días tenga usted —dijo Pat—.Aquí están sus zapatos.
- —Bien, gracias, Pat. ¿Ya has tenido oportunidad de echarle un vistazo a esas flores?
- —No, señor —respondió Pat—. Vine directo para aquí cuando me desperté esta mañana.

—Asegúrate de mirar cuando regreses, Pat. Y que tengas buena suerte—. Y con eso, el hombrecito desapareció. Cuando Pat regresó a su casa, le echó un vistazo a las pequeñas flores amarillas. Tuvo que frotarse los ojos dos veces. Todas ellas se habían convertido en pedazos de oro puro.

Bien, lo primero que hizo Pat fue ir al zapatero para que le hiciera un hermoso par de zapatos nuevos. Y como era un niño amable, le contó al curioso zapatero toda la historia. El zapatero comenzó a sentir codicia. Se preguntaba si podría ir al camino y bailar con las hadas esa noche.





Capítulo 5

El zapatero encontró el camino sin problemas. Y cuando llegó allí, las hadas estaban bailando. Pero en vez de esperar amablemente, **irrumpió** y comenzó a bailar con ellas. Bailó hasta que se le salieron las suelas de los zapatos, como lo había hecho Pat, y el duende le prestó sus zapatos rojos. Cuando el zapatero salió de la acequia, vio las joyas y las perlas desparramadas en el pasto.

—¿Quiere servirse usted mismo, o se lleva lo que yo le doy? —preguntó el hombrecito.

—Bien, creo que me serviré yo mismo, si usted me permite —dijo el zapatero. Y se llenó cada bolsillo, más las medias, con piedras preciosas. El hombrecito le hizo prometer que regresaría los zapatos la mañana siguiente y lo envió a su casa en un parpadeo.



Cuando el zapatero llegó a su casa, sacó inmediatamente las joyas de sus bolsillos. Pero no quedaba ni una sola joya; no había nada más que un montón de piedritas comunes. El zapatero insultó y dio pisotones, y luego pensó que se quedaría con los zapatos del hombrecito.

—¿Quién sabe que magia hay en ellos? —pensó.

Así que hizo un diminuto par de zapatos rojos iguales a los zapatos encantados. Cubrió los zapatos verdaderos con cera negra, así no se los podía reconocer. Luego, al amanecer volvió al camino. Igual que antes, el duende apareció al borde de la acequia.





Capítulo 6

—Muy buenos días tenga usted —dijo el zapatero—. Aquí están sus zapatos. Le dio al duende los zapatos que él había hecho. El hombrecito los miró, pero no dijo nada, y no se los puso.

—¿Has visto las cosas que te di anoche? —dijo el hombrecito.

—Oh, no. Vine para aquí ni bien me desperté—mintió el zapatero.



—Asegúrate de mirar cuando vuelvas —dijo el hombrecito. Y luego el zapatero sonrió abiertamente. Estaba seguro de que el duende había **pronunciado** las palabras mágicas que convertirían las piedritas en joyas nuevamente.

—Oh, señor —dijo el duende—, creo que hay un poco de polvo en sus zapatos. Permítame que se los lustre. —Eso significa que estaré en casa en un instante —pensó el zapatero. Pero el hombrecito respiró sobre sus zapatos y murmuró varias palabras que el zapatero no pudo escuchar. Pronto, el zapatero comenzó a sentir un cosquilleo en los pies. Luego le picaban, y luego le quemaban. Finalmente comenzó a bailar, y bailo alrededor de todo el camino. El duende rio y rio, tomándose de los costados. El zapatero bailó hasta que gritó de **agotamiento**, pero las hadas lo ahuyentaron. Adónde fue, nadie lo sabe, pero algunos dicen que han visto al zapatero codicioso bailando de sol a sol en el camino de Murdoch.



Glosario

agotamiento cansancio extremo (pág. 21)

confiable honesto, que se puede

confiar (pág. 4)

cosquilleo sensación de picazón

(pág. 7)

espinosa cubierto de espinas (pág. 6)

infestada que contiene mucho,

especialmente muchas

cosas malas (pág. 6)

irrumpió entró con violencia (pág. 16)

llamó con llamó hacia algo utilizando

una seña las manos (pág. 7)

manifestó dijo, especialmente cosas

importantes (pág. 20)

murmuró habló despacio, en voz

baja (pág. 21)

traer acercar; alcanzar (pág. 5)

22

21